

El amor en los tiempos del psicoanálisis¹

Luis Correa Aydo

Luis Correa

Profesor de Literatura egresado del Instituto de Profesores “Artigas”. Psicólogo egresado de la Facultad de Psicología de la Universidad de la República. Posee un postgrado de Especialización Superior en Dirección de Centros Educativos por la Universidad del Salvador, Buenos Aires.

Se ha desempeñado como profesor de Literatura en varios liceos públicos y privados, desde 1982 es el Director de Ciclo Básico del Colegio Juan Zorrilla de San Martín (HH Maristas de Punta Carretas).

Actualmente es miembro del Consejo Académico del Instituto de Psicoterapia Psicoanalítica de la Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica, ocupó la presidencia de esta institución en el período 2003–2005.

Ha dictado numerosas conferencias y participado en diversos congresos como ponente.

Este trabajo se propone seguir el itinerario del concepto del amor y sus transformaciones en los últimos cien años –el siglo del psicoanálisis–, ejemplificando con textos poéticos de mujeres el testimonio de las subjetividades puestas en juego por el amor. En esta ejemplificación seguiré un criterio más bien canónico, ya que son aquellos textos que el gusto del público consagra los que mejor pueden revelar el estado de sensibilidad colectiva del cual nacen y del que resultan ejemplares.

Nuestro recorrido se basará en tres premisas y se desarrolla en cuatro escenarios.

En cuanto a las premisas:

1) El amor es una creación cultural, no siempre ha sido igual, ni ha tenido siempre el mismo significado. La unión duradera en un vínculo afectivo y sensual es, en rigor, una aspiración bastante reciente y responde a un proceso complejo. Ha sido gestada a lo largo de muchos siglos por la interrelación de creencias religiosas, formas de organización social y procesos de subjetivación diversos. La experiencia del amor se desarrolla en tres ámbitos que guardan entre sí relaciones de jerarquía y proporción diferentes según las épocas históricas. Estos tres ámbitos son: el de la sexualidad, y su despliegue en las diversas formas del erotismo; el de la convivencia, como organización de la cotidianidad y realización de un proyecto común, que puede ir desde la unión “para toda la vida”, como prescribe el matrimonio tradicional, hasta formas más pasajeras, provisionarias y fluidas; y finalmente, el sentimiento, que reconoce también diferentes formas de expresión, idealización y vínculo. Este último es el ingrediente más nuevo y el que debe más a la literatura. Surge en las pequeñas cortes de Provenza, al sur de Francia, durante el siglo XI, cuando ocurre una revolución silenciosa que deja atrás la moral sexual del cristianismo medieval y reivindica la sensualidad y el sentimiento: es el amor cortés, cantado por los trovadores (de Rougemont, 1978). Amores imposibles, paradójicos, bordados en códigos de comunicación complejos, culminarán en su forma más típica de exaltación contradictoria, siempre acechada por el dolor; varios siglos después con el romanticismo. Y sigue reinventándose hasta hoy.²

2) El psicoanálisis es la ciencia y la terapia del amor. Las constancias que el psicoanálisis va dejando del lugar del amor en el descubrimiento y la formulación de sus teorías se advierten desde el comienzo. ¿Podría entenderse su surgimiento sin las peculiares manifestaciones de la histeria de fines del siglo XIX, tan ligadas a los avatares del amor y el deseo? ¿Podría entenderse el descubrimiento (o creación) de la transferencia sin el enamoramiento de Ana O. por Breuer y sin el de Dora por Freud? Julia Kristeva ha dicho con sutileza, no desprovista de ironía, que: “El analista está inmerso en el amor y si lo olvida se condena a no hacer análisis” (11).

El psicoanálisis nos ha enseñado que la naturaleza del mundo interno del sujeto es intrínsecamente conflictiva, ambivalente. Advirtió que la subjetividad es formada en una trama compleja de vínculos, donde la presencia del otro es condición de existencia y de acceso al significado. Nos ilumina sobre el carácter ilusorio del bien supremo al que aspira todo enamorado. Comprender esta ilusión es el motivo de la queja poética y tolerarla el objetivo de la cura por medio del análisis de la transferencia. ¿Y qué podemos ofrecer a cambio de esta desilusión? Un camino para que el amor y la libertad se reconcilien. Vuelvo a citar a Kristeva: “Que (el amor transferencial) sea particular, en el sentido de que está dirigido a un sujeto que ‘supuestamente sabe’, no implica que sea diferente del amor a secas. Y es que el amor siempre contiene un amor de poder, por eso mismo la transferencia es el camino real hacia el estado amoroso, [...] el que nos hace frisar la soberanía” (7).

3) El proceso de las mujeres en su lento ascenso a lo largo del siglo XX marca los aspectos decisivos de la evolución del amor y la sexualidad en nuestra época. En la medida que la sensibilidad femenina se recrea y emerge en los espacios y discursos públicos introduciendo cambios en las relaciones entre los géneros, se constituye en el factor que dinamiza los usos sociales, las costumbres y la naturaleza de los vínculos, marcando el progresivo fin de la sociedad patriarcal. Ya nada será igual: ni la forma como se cría a los hijos, ni el modo como se asignan los roles dentro y fuera de los hogares, ni las expectativas acerca de la felicidad, el goce y la vida en pareja. Uno de los actores de este proceso ha tomado su lugar en el escenario. La mujer va pasando de ser pensada, temida, idealizada y adorada por los hombres, a tener su propia voz, sus propios proyectos y a construir, no sin dificultades, una imagen terrenal de sí misma, una imagen que la bajará de los altares y la elevará de los infiernos, lugares donde ha sido contradictoriamente situada desde que las antiguas sociedades de la fecundidad dieron paso a las civilizaciones alfabéticas del poder y la conquista.

Y vuelvo al psicoanálisis. A pesar de las evidentes

limitaciones de la concepción freudiana sobre lo femenino, como dice Ana María Fernández “su ruptura con el discurso neurológico-psiquiátrico sobre la histeria [...] inaugura un nuevo campo en las áreas del saber sobre lo humano” (59). Es una nueva mirada sobre la mujer; una deconstrucción de las categorías que describían hasta entonces lo femenino. Pero esta mirada es forzada por la queja desconcertante y seductora de Ana O, de Dora...; es el sufrimiento que se inscribe desde lo inconsciente en sus cuerpos desecantes lo que inaugura el trayecto que vamos a hacer a lo largo de cuatro escenarios históricos.

Primer escenario

[...] *Y fue una herida.*

La más roja y eterna primavera

“Fecundidad” de J. Herrera y Reissig, 1904

El 900. Transición entre siglos. El romanticismo, prácticamente agotado como movimiento cultural, ha dejado sin embargo herencia perdurable. Contra la visión racionalista del Siglo de las Luces, el romanticismo ha puesto de relieve la importancia de lo irracional, de lo onírico, de la exaltación sentimental. De esa fuente surge el psicoanálisis. Por otra parte los avances científicos, junto con el desarrollo tecnológico que trajo consigo la Revolución Industrial, ha llenado de optimismo al pensamiento filosófico y social. El proyecto positivista de progreso permanente parece encaminarse hacia una realización plena.

La sociedad cambia y la mujer empieza lentamente su camino de reivindicación. La mujer del 900 es en occidente un ser complejo, sometido a la tensión de tendencias opuestas. Es que nos hallamos, como dice Alain Corbain (D. Simonnet et al.: 100 y sgtes.), en la transición entre el corset de los primeros años del siglo XIX y la creciente libertad de los cuerpos. Desde la doble moral que consagra la libertad casi total del hombre fuera de la casa y priva a la mujer hasta del derecho a conocer su propio cuerpo, se va pasando lentamente a una explicitación mayor del deseo femenino y a tímidos intentos por construir una moral menos disociada. Las dos categorías de mujeres están nítidamente definidas: prostitutas por un lado, y junto a ellas las chicas “fáciles” de la clase obrera de las grandes ciudades, más francas y desinhibidas que sus coetáneas burguesas; y por el otro las chicas de buena sociedad, obligadas a ser o parecer tontas ante las cuestiones del amor y el sexo, condenadas a la disociación histórica. Estas últimas serán las que los hombres elegirán para el matrimonio, pero las hazañas de prostíbulo seguirán construyendo el imaginario masculino de los jóvenes y de los señores casados. El



Delmira Agustini

lenguaje popular define a las históricas con un término vulgar y expresivo: las “pavotas”; chicas de sociedad, pueriles en sus manifestaciones de amor, reprimidas en su pensamiento. Mujeres enajenadas de su propio deseo, sufren tras la máscara de la sonrisa conveniente, esperando que la maternidad las rescate del vacío. Sin embargo, algunas intentan salvar el abismo entre estas dos construcciones masculinas sobre la mujer, y muchas lo pagan caro.

La historia de Delmira Agustini resulta emblemática de este momento social porque lleva en sí el signo de la lucha por adueñarse de su propia sexualidad y de sus elecciones amorosas. Por un lado es la típica hija de familia acomodada y con horizontes culturales limitados. Pero paralelamente, disociado de este talante previsible, chato y sin enigmas, surge el estallido erótico. Esta segunda imagen de sí es construida desde sus primeros poemas de un modo que sorprende dada la precariedad de su formación intelectual y lo limitado de su vida social. Así puede leerse en dos poemas de *Los cálices vacíos* de 1913:

“Otra estirpe”

Eros, yo quiero guiarte. Padre ciego...
pido a tus manos todopoderosas,
¡su cuerpo excelso derramado en fuego
sobre mi cuerpo desmayado en rosas!

La eléctrica corola que hoy despliego
brinda el nectario de un jardín de Esposas;
para sus buitres en mi carne entrego
todo un enjambre de palomas rosas.

Da a las dos sierpes de su abrazo, crueles,
mi gran tallo febril... Absintio, mieles,
viérteme de sus venas, de su boca...

¡Así tendida, soy un surco ardiente
donde puede nutrirse la simiente
de otra Estirpe sublimemente loca!

“El cisne”

[...]
Al margen del lago claro
yo le interrogo en silencio...
y el silencio es una rosa
sobre su pico de fuego...
Pero en su carne me habla
y yo en mi carne le entiendo.
—A veces ¡toda! soy alma;
y a veces ¡toda! soy cuerpo—.
Hunde el pico en mi regazo
y se queda como muerto...
¡Y en la cristalina página,
en el sensitivo espejo
del lago que algunas veces
refleja mi pensamiento,
el cisne asusta de rojo,
y yo de blanca doy miedo!

Delmira busca concretar sus ensueños juveniles, plagados de sensualidad, a través de un vínculo concreto. Pero, casada según las expectativas burguesas de antaño, pronto comprende que entre la imaginación lírica y la realidad media un abismo. Y es así que su apetencia erótica será fatalmente vivida bajo el signo de la transgresión. De allí deviene la tragedia notoria.

Sus cartas a Enrique Job Reyes, durante el noviazgo y en el tiempo de convivencia matrimonial, dan cuenta de una modalidad infantil del vínculo, en la que el amor parece transformarse en una demanda primitiva de presencia que revela expectativas preedípicas. Marido que hereda el lugar materno, al cual la esposa difícilmente podrá amar como mujer.

Quique de mi vida:

tu Nena tiene apenas tiempo para decirte
que te adora y que está esperando
ansiosamente tu camita que es de ella.
¡Cuántas viejitas lindas... y feas que te
vas a ganar! Ahora se me hace el día más
largo lo que tengo que esperar hasta la

noche para verte. Pienso que hoy te habrás
portado muy bien con tu Nena... Y sino la
Nena no te da este... papelito.

Hasta luego mi vida.

Tuya mucho, mucho, mucho

DELMIRA³

En cambio, el amante establece una terceridad, una ruptura en la ilusión de fusionar las expectativas infantiles y las adultas dentro del matrimonio. Notemos qué diferente es el tono de la célebre misiva dirigida a Manuel Ugarte.

Su carta me ha hecho casi más mal que su silencio. Yo creía que Vd. me interpretaba mejor. Estoy cierta de no haberle dicho en mi arabesco literario una sola cosa que no fuera verdad, y que no fuera, eso sí más pálida que la verdad. [...] Piense V. que todo lo que yo le he dicho y le digo se podría condensar en dos palabras. En dos palabras que pueden ser las más dulces, las más simples, o las más difíciles y dolorosas... Piense V que esas dos palabras que yo pude en conciencia decirle al otro día de conocerlo, han debido ahogarse en mis labios ya que no en mi alma. Para ser absolutamente sincera yo debí decirles; yo debí decirle que V, hizo el tormento de mi noche de bodas y de mi absurda luna de miel... Lo que pudo ser a la larga una novela humorística, se convirtió en tragedia. Lo que yo sufrí aquella noche no podré decírselo nunca. Entré a la sala como a un sepulcro sin más consuelo que el de pensar que lo vería. Mientras me vestían pregunté no sé cuántas veces si había llegado. Podría contarle todos mis gestos de aquella noche... La única mirada consciente que tuve, el único saludo inoportuno que inicié fueron para V. Tuve mi relámpago de felicidad. Me pareció un momento que V. me miraba y me comprendía. Que su espíritu estaba bien cerca del mío entre toda aquella gente molesta. Después, entre besos y saludos, lo único que yo esperaba era su mano. Lo único que yo deseaba era tenerle cerca un momento. El momento del retrato... Y después, sufrir hasta que me despedí de V. Y después sufrir más, sufrir lo indecible...V. sin saberlo sacudió mi vida. Yo pude decirle que todo esto era en mí nuevo, terrible y delicioso. Yo no

esperaba nada, yo no podía esperar nada que no fuera amargo de este sentimiento, y la voluptuosidad más fuerte de mi vida ha sido hundirme en él. Yo sabía que V. venía para irse dejándome la tristeza del recuerdo y nada más. Y yo prefería eso, y prefiero el sueño de lo que pudo ser a todas las realidades en que V. no vibre. Yo debí decirle todo eso, y más, para ser absolutamente sincera. Pero, entre otras cosas, he tenido miedo de descubrirme muy en el fondo, una de esas pobres almas débiles enteramente rendidas al amor. Imagine V. esa miseria frente a su sonrisa un poquito irónica de poderoso... Y yo, he sabido sonreír tan irónicamente como V... Ya está dicho. Si después de todo esto vuelve V. a acusarme de engañadora y sutil, yo lo acusaré simplemente de mal intérprete sentimental. Nunca le acusaría de nada peor. Ni esperaría que la brisa de primavera me trajera perfumes de allá para escribirle sin saber porqué. Y conste que me siento íntimamente herida.

DELMIRA⁴

Aprendizaje del deseo en el “mal lugar” que no logra operar como síntesis y abre paso al desenlace fatal. Pero el trágico fracaso de Delmira desborda las circunstancias personales para transformarse en un ejemplo de la imposibilidad del dispositivo matrimonial, tal como se lo concebía en el 900, para lograr la satisfacción plena del deseo y las exigencias sociales. Veamos lo que dice Freud en 1908, cuando se halla teorizando sobre la represión, acerca del sexo y el amor en el matrimonio: “Pasados esos tres, cuatro o cinco años, el matrimonio fracasa en cuanto a su promesa de satisfacer las necesidades sexuales”. Este es el tiempo, según Freud, en que las limitaciones contraceptivas, a las que considera responsables del sufrimiento sexual, pueden reducirse, dado que se estaría dentro de los márgenes de una descendencia sustentable. Pero excedido ese período, cuando se imponen tales medidas (normalmente el *coitus interruptus*) por la necesidad de limitar el número de hijos, “desaparece primero la mutua ternura corporal de los esposos, y, luego, las más de las veces, la simpatía anímica que estaba destinada a recoger la herencia de la pasión tormentosa de los comienzos.” Siguiendo la huella de los usos sociales de su época, Freud diferencia los remedios ante esta desilusión (usa esta palabra) que encuentran los hombres y las mujeres. El texto impresiona por la sinceridad y trasunta un gran pesimismo sobre la idea de felicidad

conyugal: “[...] la experiencia (acerca de los varones) nos dice que utilizará el fragmento de libertad que aún el régimen más riguroso, si bien de manera tácita y a regañadientes, le concede: la moral sexual «doble»... que es la mejor confesión de que la misma sociedad que ha promulgado los preceptos no los cree viables”.

En cuanto a las mujeres, a quienes, para Freud, “les es concedido en menor grado el don de sublimar la pulsión”, bajo las desilusiones del matrimonio, una vez que el crecimiento de los hijos hace que estos dejen de ser sustitutos del objeto sexual: “contraen neurosis graves que les perturban toda la vida.” Y agrega: “En las condiciones actuales de la cultura, el matrimonio hace tiempo que ha dejado de ser la panacea para el sufrimiento neurótico de la mujer: Si los médicos seguimos aconsejándolo (como remedio para las neuróticas) sabemos empero que al contrario, una muchacha tiene que ser muy sana para sobrellevarlo”.

Delmira no pudo.

Segundo escenario

Todo lo ocupas tú, todo lo ocupas
“Poema 5” de Pablo Neruda, 1923

Los años veinte han sido llamados “los años locos”. Una sed de vivir parece ganarlo todo, ahuyentando las sombras ominosas de la primera Gran Guerra. Las mujeres aligeran sus vestidos, acortan el largo de las faldas y fuman en público. La antigua dicotomía entre la mujer “María” –madre y esposa– y la mujer “Eva” –objeto de deseo y tentación– tiende a resolverse en una síntesis que por primera vez en la historia intenta colonizar la intimidad de la pareja matrimonial. El psicoanálisis ha ganado ya su lugar entre las corrientes que dan forma al estado de sensibilidad cultural que determina, entre otras cosas, nuevas modalidades en los vínculos. Ya no es vergonzoso hablar de sexo. La extensión de la legislación divorcista, así como la creciente participación en la vida pública, tanto en lo económico como en lo político, dan a la mujer mayor autonomía y una nueva conciencia de sí y de su derecho al goce de la sexualidad. Veámoslo en la poesía.

Despojada de la morbidez y de la retórica modernista de Delmira, el amor y el deseo en la poesía de Juana de Ibarbourou alcanzan una frescura y un modo directo de expresión que indican cuánto se avanzó en los primeros años del siglo hacia el reconocimiento de la identidad deseante de la mujer. La poesía de Juana no solo fue reconocida, sino aclamada en una medida tal que hasta puede juzgarse excesiva ante el juicio definitivo que da la perspectiva del tiempo. Pero no es eso lo que interesa en este punto, sino el hecho de que esta voz poética no solo es la de la hermosa muchacha

campesina que irrumpe exaltando la vitalidad del ambiente natural; es innegablemente también poesía erótica.

Esto es especialmente visible en *Las lenguas de diamante* de 1918.

“La hora”

Tómame ahora que aún es temprano
Y que llevo dalias nuevas en la mano.

Tómame ahora que aún es sombría
Esta taciturna cabellera mía.

Ahora, que tengo la carne olorosa,
Y los ojos limpios y la piel de rosa.

Ahora, que calza mi planta ligera
La sandalia viva de la primavera.

Ahora, que en mis labios repica la risa
Como la campana sacudida a prisa.

Después... ¡ah, yo sé
Que ya nada de eso más tarde tendré!

Que entonces inútil será tu deseo.
Como ofrenda puesta sobre un mausoleo.

¡Tómame ahora que aún es temprano
Y que tengo rica de nardos la mano!

Hoy, y no más tarde. Antes que anochezca
Y se vuelva mustia la corola fresca.

Hoy, y no mañana. Oh amante, ¿no ves
Que la enredadera crecerá ciprés?

La poesía de Juana, a diferencia de la de Delmira, señala el pacto de adecuación aparente entre el deseo y la norma. Miguel de Unamuno,⁵ elogiando la franqueza erótica de sus poemas, señalaba que en España una mujer no se atrevería a decir estas cosas así se las dedicara a su marido. Es más –agrega–, probablemente ni siquiera se atrevería a pensarlas.

El psicoanálisis acompaña este proceso desarrollando puntos de la teoría y la práctica clínica que tienden a asegurar las mejores posibilidades del sujeto para alcanzar una vida plena. Los sufrimientos neuróticos ya no se adscriben a las miserias de la represión sexual exclusivamente. El mundo de las fantasías inconscientes y la construcción psíquica de los objetos de amor cobran cada vez más significación. Las experiencias afectivas infantiles se sitúan en el primer plano, y la salud psíquica dependerá de los

diferentes grados de satisfacción y frustración que emanan de los vínculos con las figuras parentales en los primeros tiempos de la vida. Esto se expresa en una modificación en la estructura de la vida familiar y apunta a una demanda de mayor presencia del hombre en la crianza de los hijos. La tramitación reparatoria de las experiencias dolorosas, superado el odio y el impulso retaliativo, por medio de experiencias satisfactorias en los vínculos que el sujeto establece desde su salida al mundo, por así decir (época que sería la de escolarización), permite “recibir de otros amor y bondad, de brindárselos, y en retribución recibir más aún” (M. Klein:345).

La posibilidad de ser feliz y vivir experiencias amorosas profundas aparece como algo relativamente fácil de formular (aunque no sea igualmente fácil lograrlo). Así Melanie Klein dice en *Amor, culpa y reparación* de 1937: “Si en lo más hondo del inconsciente logramos superar los rencores contra nuestros padres y perdonarles las frustraciones que debimos sufrir, podremos entonces vivir en paz con nosotros mismos y amar a otros en el verdadero sentido de la palabra”.

El mismo Freud fue cambiando su perspectiva acerca de los fenómenos del amor y el deseo. En sus textos de madurez disminuye el énfasis puesto en las diferentes posibilidades de tramitación que la sociedad concedería a los dos sexos, más libre tal vez de la influencia ideológica que infiltra sus primeras concepciones sobre la femineidad. No llegó sin embargo nunca a concebir como accesible la perfecta adecuación de las tres esferas de la pareja: sentimiento, deseo y convivencia. En 1930 en *El malestar en la cultura* analiza en perspectiva global estas cuestiones y considera las restricciones a la sexualidad como uno de los daños inevitables de la vida civilizada a la naturaleza humana. Ve en esto una contradicción insoluble entre dos conceptos de normalidad; por un lado la normalidad constitucional de un sujeto dispuesto sanamente al desarrollo pleno de su vida sexual y por el otro las restricciones que impone la norma social. Es notorio que Freud no se limita a considerar el estado de la situación con la resignación de los textos que leímos anteriormente, que fueron escritos veinte años antes. Sin embargo no se limita a culpar a la sociedad de las dificultades para sostener la ilusión del amor y el deseo por un período largo. También considera las dificultades derivadas de la “disposición bisexual” del ser humano, así como las que se derivan de los componentes sádicos del vínculo erótico, cuestiones ambas que añaden complicaciones a la relación heterosexual que aspirase a integrar deseo, ternura y proyecto en común. Dice: “La vida sexual del hombre culto de nuestros días impresiona a veces como una función que se encontrara en un proceso involutivo, como nuestros cabellos y nuestros dientes en su condición de órganos. Probablemente



Juana de Ibarbourou

se tiene derecho a suponer que ha experimentado un sensible retroceso en cuanto a su valor como fuente de sensaciones de felicidad” (1988:103). Es evidente que Freud fue comprendiendo que las complejidades de la neurosis y de otras formas del infortunio emocional de los seres humanos no pueden resolverse con la esquemática recurrencia a la explicación por la represión de la sexualidad. En materia de ser feliz no puede esperarse todo del sexo, aunque poco pueda esperarse sin él.

Dice Dominique Simonnet:

Después de siglos de inhibiciones, frustraciones, represiones, aparece esa cosa inconfesable, tan ocultada, tan deseada, que surge tímidamente en la penumbra: el placer... ¡Basta de ese recato hipócrita, de esa vergüenza de su propio cuerpo, de esa sexualidad culpable que consolida la infamia de los hombres y la desdicha de las mujeres! ¡Nada de matrimonio sin amor! ¡Nada de amor sin placer! Desde la entreguerra llevados por un hedonismo saludable (los amantes) se

tocan, se acarician, se besan en la boca (¡sí, en la boca!). Esos años, no tan locos, abren un nuevo acto de nuestra historia (115).

“¡Amar para vivir bien!”, dice Anne-Marie Sohn (D. Simonnet et al.:118). Esta consigna marca las relaciones de pareja en esta época y las mujeres ya no se contentan con estar casadas, también quieren estar satisfechas. Y agrega que el adulterio, con un hombre más joven, o el divorcio (en Francia el 75% de las demandas de divorcio son iniciadas por mujeres en la década de los veinte), amenazan al marido que no sepa hacer feliz a su mujer. El hombre ya no es el amo de su esposa y el marido violento comienza a ser socialmente reprobado. Tal vez el dominio masculino tome una forma más insidiosa a través de los celos y la manipulación afectiva. Pero de todos modos las costumbres se suavizan, en términos generales, de un modo notable. Los cuerpos se muestran cada vez más, las relaciones prematrimoniales se extienden. Los novios, sometidos en el 900 a la rígida vigilancia de la familia de la chica, salen solos y se generaliza el beso profundo (hasta el último tercio del siglo XIX era penado como atentado al pudor). Si algún padre conservador y burgués pretende sostener las viejas costumbres, corre el riesgo de no casar a sus hijas.

Pero el ideal de amar, gozar y convivir satisfactoriamente no es nada fácil de lograr. Y mucho más difícil para las mujeres. Cada vez más hay que trabajar fuera de casa y como siempre criar a los niños. Dice Anne-Marie Sohn: “El fenómeno aparece con mucha claridad, entre los años treinta y cincuenta: algunas mujeres, sobre todo católicas, comienzan a vivir en el engaño; permanecen casadas por deber, pero se ahogan en la amargura” (D. Simonnet et al.:127).

Cuando se lee la obra posterior de Juana, sobre todo la que culmina con *Perdida* (1950), una vez que se amortiguó el impacto de su fama pública –casi nunca poesía y fama se acomodan bien, ya que la intimidad necesaria para la confesión lírica tiene poco que ver con la expectativa pública sobre el decir del creador–, se distinguen con claridad en los textos las notas sombrías y melancólicas que provienen de saber más próximas a la vejez y a la muerte, territorios donde la intensidad de la sensualidad amaina. Sin embargo, si se leen bien los poemas de juventud, ya se advierte en ellos una sombra que acompaña al amor, y no es tanto la del sufrimiento por el olvido o el desamor, temas de típico cuño romántico, sino más existencialmente la sombra de la finitud. La conciencia lúcida de la precariedad de la felicidad y de la caducidad de la carne. De allí la ansiedad por el goce. Esta característica es también epocal e irá creciendo con el siglo, en todos los planos de la vida personal y social. Liberado de las ataduras

de la represión, el goce no solo es posibilidad sino que se hace imperativo: “Tómame ahora”. Sin embargo la duración está siempre puesta en entredicho. Estos tonos melancólicos de la poesía de Juana, referidos a la brevedad de la vida, apenas si disimulan, a veces, que la duda acecha desde fuentes más profundas. El amor es ilusión que empuja irracionalmente hacia el “para siempre”. Pero Juana sabe que el deseo del amante se viste de amor ante la belleza de su cuerpo, entonces ¿cómo sostener ese espejamiento narcisista cuando la belleza la abandone? ¿Cómo hacer perdurable el amor si la pasión sexual es intensidad que se sustenta en el misterio y el misterio desaparece en la cotidianidad?

“Laceria”⁶

No codicies mi boca. Mí boca es de ceniza
Y es un hueco sonido de campanas mi risa.

No me oprimas las manos. Son de polvo mis manos,
Y al estrecharlas tocas comida de gusanos.

No tences mis cabellos. Mis cabellos son tierra
Con la que han de nutrirse las plantas de la sierra.

No acaricies mis senos. Son de greda, los senos
Que te empeñas en ver como lirios morenos.

¿Y aún me quieres, amado? ¿Y aún mi cuerpo
[pretendes
Y, largas de deseo, las manos a mi tiendes?

¿Aún codicias, amado, la carne mentirosa
Que es ceniza y se cubre de apariencias de rosa?

Bien, tómame. ¡Oh laceria!
¡Polvo que busca al polvo sin sentir su miseria!

Tercer escenario

Ya no seré feliz. Tal vez no importa.
“1964” de J. L. Borges, 1964

Hiroshima, la guerra fría, los movimientos sociales, la entrada en escena de la juventud, el compromiso de los intelectuales, el desarrollo de la cultura mediática. Muchas cosas van cambiando desde el medio siglo hacia el fin del milenio. El psicoanálisis ha vencido en su batalla por la legitimidad y se ha transformado en un pilar de la arquitectura conceptual de las disciplinas humanas. La revolución sexual avanza y encuentra en la invención de la píldora anticonceptiva un hito que marca definitivamente las nuevas formas de relación entre los sexos.

Estos nuevos escenarios, no obstante, se van construyendo como los palimpsestos medievales, en la trama borroneada de otros usos y costumbres que no han desaparecido del todo y que no dejan de pesar como identificaciones internalizadas en las prácticas sexuales y en las expectativas vinculares que comienzan a desarrollarse. Y esta presencia de lo viejo en lo nuevo se impone a pesar de que el propósito de renovación se hace programa estético, político y social.

En Uruguay el grupo de intelectuales que define de modo más relevante a esta época es la Generación del 45, también llamada “generación crítica”. Esta época coincide con la crisis del modelo batllista, con las múltiples consecuencias de diverso signo a que esto da lugar en todos los ámbitos de la sociedad.⁷

Por supuesto me voy a detener en Idea Vilariño, tal vez la voz de nuestra lengua que expresa de manera más trascendente la pasión femenina, propia de una época signada por transiciones y rupturas. No es fácil adjetivar una poesía que elude de todos modos el ornamento, que hace de la sobriedad un estilo. Poesía sustantiva, recorre la vida cotidiana como fondo y forma de la experiencia subjetiva, generando el efecto de comunicación lírica sin subrayados, recurriendo a las palabras con sencillez, sin prejuicios, y rescatando la dignidad estética de las sonoridades más coloquiales.

“Escribo pienso leo”

Escribo
pienso
leo
traduzco veinte páginas
escucho las noticias
escribo
escribo
leo.
Dónde estás
dónde estás.

(Las Toscas, 1968)

La poesía de amor de Idea Vilariño muestra cierto signo trágico en la pretensión existencialista de construirse un destino amoroso por fuera de las normas preestablecidas. La entrega a la pasión parece no tener nada que ver con alguna aspiración de felicidad. La incomunicación con el amante parece irremediable, y sin embargo, el sufrimiento no es solo por la evocación de un tiempo mejor o por la pérdida de la relación. No es seguro que haya habido un tiempo mejor y no es probable que la relación concluyese. Algo inaccesible, radicalmente escamoteado en la otredad del hombre amado es la fuente del sufrimiento, y sin embargo, no hay renuncias, ni quejas. Apenas el dolor, aceptado como la forma inevitable en que se vuelca el sentimiento



Idea Vilariño

amoroso. El placer, el goce erótico, no están ausentes y quizás se potencien en la conciencia de lo que el vínculo niega. Sin embargo la ligazón no está en el cuerpo (“un cuerpo vale lo que otro cuerpo”).

Evidentemente no hay proyecto común posible en esta vivencia del amor, pero eso no quiere decir que no se lo añore y que la angustia no aflore al nombrarlo.

“Ya no”

Ya no será
ya no
no viviremos juntos
no criaré a tu hijo
no coseré tu ropa
no te tendré de noche
no te besaré al irme
nunca sabrás quién fui
por qué me amaron otros.
No llegaré a saber
por qué ni cómo nunca
ni si era de verdad
lo que dijiste que era
ni quién fuiste
ni qué fui para ti
ni cómo hubiera sido
vivir juntos
querernos
esperarnos
estar.
Ya no soy más que yo
para siempre y tú

ya
no serás para mí
más que tú. Ya no estás
en un día futuro
no sabré donde vives
con quién
ni si te acuerdas.
No me abrazarás nunca
como esa noche
nunca.
No volveré a tocarte.
No te veré morir.

No voy a cometer el error de confundir vida con obra, ni a leer con los instrumentos de la clínica el arte. Pero tampoco sería legítimo no registrar algunos hechos de los que hay suficiente constancia formulada por los propios protagonistas. Los *Poemas de amor* de Idea Vilariño están dedicados a J. C. Onetti. Nuestro mayor narrador del siglo XX inaugura su ciclo narrativo con *El pozo* de 1939. Allí Eladio Linacero, personaje en el que pueden verse retratados aspectos psicológicos del propio autor, vive una crisis existencial en la cual intenta recrear literalmente el tiempo en que fue feliz con su mujer. El intento fracasa y el personaje se ve obligado a aceptar que nunca volverá el pasado y que el tiempo deteriora para siempre las ilusiones. Sumido en la depresión y en el insomnio, fantasea en las noches con un encuentro erótico de estructura casi pueril (cabaña de troncos, cama de hojas, muchacha desconocida que se entrega enseguida, etc.). También reflexiona sobre las mujeres:

El amor es maravilloso y absurdo e, incomprensiblemente, visita a cualquier clase de almas. Pero la gente absurda y maravillosa no abunda; y las que lo son, es por poco tiempo, en la primera juventud. Después comienzan a aceptar y se pierden. He leído que la inteligencia de las mujeres termina de crecer a los veinte o veinticinco años. No sé nada de la inteligencia de las mujeres y tampoco me interesa. Pero el espíritu de las muchachas muere a esa edad, más o menos. Pero muere siempre; terminan siendo todas iguales, con un sentido práctico hediondo, con sus necesidades materiales y un deseo ciego y oscuro de parir un hijo. Piénsese en esto y se sabrá por qué no hay grandes artistas mujeres. Y si uno se casa con una muchacha y un día despierta al lado de una mujer, es posible que comprenda, sin asco, el alma de los violadores de niñas y

el cariño baboso de los viejos que esperan con chocolatines en las esquinas de los liceos (Onetti:21).

La lectura intertextual de las obras de Onetti y de Idea que acabamos de hacer autoriza, a nuestro juicio, a intentar explorar la naturaleza del vínculo que los une, más allá de las especificidades personales, como una ilustración de una modalidad del amor y la pareja que atraviesa la segunda mitad del siglo XX.

Dijimos que el proyecto de los años veinte y treinta podía caracterizarse como el intento de reunir placer, matrimonio y sentimiento en un mismo vínculo, cosa bastante novedosa en la historia del amor. Pero como reflexiona Anne-Marie Sohn, la barra de salto colocada tan arriba, pronto lleva al fracaso y a aceptar la disociación de los tres ejes. Sin embargo la libertad sexual, en particular la que ha conquistado para sí la mujer, llegó para quedarse. Podrá entonces renunciarse al matrimonio: las mujeres tienen otras muchas formas de realizarse que la de criar hijos. Podrá aceptarse la soledad o la inevitabilidad de los sucesivos fracasos en las relaciones de pareja, pero nadie está dispuesto a renunciar al sexo. Del amor idílico llegamos a la sexualidad obligatoria. La virginidad de las muchachas deja de ser un valor. La infidelidad matrimonial se extiende, y si bien no se la convalida en todos los casos, se tiende a psicologizarla, lo cual es un modo de justificarla, al menos para los que no están involucrados directamente en su trama dramática. Pero esta mayor libertad, que mejora la situación de las mujeres, desacomoda a los hombres. Más allá de las ideologías y de las posturas conscientes, la mujer se vuelve amenazante. Las imágenes maternas que han construido por siglos el imaginario masculino sobre las mujeres adultas, se unen peligrosamente a la imagen de Lilith, de Afrodita, de Astarté, de todas las figuras que representan al deseo femenino no dependiente del poder masculino. El edificio de la neurosis, la lidia con la represión y la puesta en escena del drama edípico se complejizan. No faltan, claro, las voces que se escandalizan y creen ver en estos nuevos tiempos la disolución de los valores y los afectos tiernos: el triunfo de la certera crueldad perversa, sobre la sufrida vacilación neurótica.

¿Y qué ocurre entonces con el psicoanálisis? Muchas cosas; pero dos me interesan debido a los caminos diversos que abren para la teoría en relación a estos temas. André Green ha llamado la atención sobre cierto movimiento teórico en el seno del psicoanálisis que fue corriéndose desde la teoría de las pulsiones hacia la teoría de las relaciones de objeto a lo largo del siglo XX. Para él en este proceso puede verse un intento por “domesticar” al sexo, debido a la

creciente influencia de la psicología del yo, que tiende a “civilizar” la sexualidad y su lectura desde la clínica. Por otro lado –y es lo segundo que quiero señalar– está la influencia de Lacan, no solo por su obra misma, sino por las aperturas que traen sus continuadores, entre los que se cuenta el propio Green.

Como ejemplo de la primera línea de desplazamientos teóricos voy a recurrir a Otto Kernberg. En su libro *Relaciones amorosas. Normalidad y patología*, de 1995, se sigue un itinerario sistemático que pretende acotar y definir las manifestaciones amorosas normales, por oposición a las que reflejarían el predominio de aspectos narcisistas o psicóticos de la personalidad. No se advierte una referencia clara a la influencia de los procesos históricos de subjetivación; para el autor todo depende de los vínculos tempranos y del modo como el sujeto logre procesarlos. Para él una pareja sana supone “no solo capacidad para vincular inconscientemente el erotismo y la ternura, la sexualidad y el ideal del yo, sino también de poner la agresión al servicio de la pareja”. De este modo pueden “desafiar la envidia, siempre presente en los otros excluidos y las suspicaces agencias reguladoras de la cultura convencional en la que viven” (109).

El enfoque de Joyce Mc Dougall, a través de *Las mil y una caras de Eros*, de 1996, es totalmente diferente. No hay una cartografía de la normalidad sino un intento de comprensión de las diferentes “soluciones” (así las llama) que los sujetos buscan al eterno conflicto entre la pulsión interna y las exigencias del entorno real, como corolario del doloroso descubrimiento de la alteridad. Parafraseando a San Agustín (“ama y haz lo que quieras”) podría leerse a J. Mc Dougall bajo la consigna “ama y haz lo que puedas”. Si bien no todas las soluciones valen igual, el analista debe cuidarse “del peligro de imponer valores cuya naturaleza es moral, religiosa, estética, o política. Esa voluntad puede obstaculizar nuestro funcionamiento de analistas y presionar a nuestros analizantes a que se conformen a nuestro sistema axiológico en lugar de dejárselo descubrir a ellos, sea para asumirlo o modificarlo” (Mc Dougall:293).

En esta doble perspectiva, con los diferentes énfasis que pone cada una en los límites dentro de los cuales nuestra comprensión del amor se pronuncia en términos de normalidad o patología, entramos a la última estación de nuestro recorrido, la más turbulenta, ya que estamos condenados a no entender el tiempo que estamos obligados a vivir.

Cuarto escenario

*¿tendré tu fuente
cuando llegue
hasta tu sexo?*

“Pregunta” de Radamés Buffa, 2004

Así como la neurosis es el modelo desde el cual Freud echa luz sobre algunos aspectos de la sexualidad, los más evidentes para el estado de la sociedad y la ciencia de su época, otras estructuras que han atraído la atención del psicoanálisis en la última parte del siglo pasado y comienzos de este pueden iluminarnos sobre otros aspectos. La creciente preocupación por las patologías narcisistas y las estructuras fronterizas imponen una revisión de la teoría que lleva a mirar con renovado interés los aspectos más inconscientes de la sexualidad. Por otro lado se ensancha la tolerancia de las sociedades contemporáneas y se amplía el número de manifestaciones de la sexualidad que son consideradas “normales”. Esto ocurre incluso en el ámbito científico-médico, previsiblemente menos afectado por los vaivenes culturales, como con la exclusión de la homosexualidad por la OMS en 1990. Esto va agregando nuevos motivos para revisar los supuestos desde los cuales pensamos la sexualidad.

André Green (178) toma como paradigma las investigaciones de él mismo, de Bergeret y de J. Mc Dougall sobre las estructuras fronterizas como los esfuerzos teórico-clínicos que más luz van echando sobre aspectos poco comprendidos hasta ahora de la sexualidad humana. Al respecto dice: “Es innegable que, a primera vista, la escucha del material de los casos fronterizos no revela, de manera tan clara como en las neurosis, las relaciones entre el discurso manifiesto y la sexualidad, tal como se deja adivinar en el discurso latente y el inconsciente.” Si bien el estudio de estos aspectos es complejo y excede nuestro propósito, en apretada síntesis podría decirse que para Green en la estructura fronteriza subsiste, en lo más recóndito del inconsciente, una sexualidad genital idealizada que el sujeto procura preservar a través de todas las manifestaciones autoeróticas, pseudoeróticas y aún antieróticas, que son características de estos cuadros. El común denominador de estas *locuras privadas* es, dada la susceptibilidad extrema al rechazo y a la pérdida del objeto típicas de la organización border, mantener idealizado al objeto interno negando la alteridad del otro (Green:182).

Sostengo por mi parte que la expresión cultural de estos aspectos que revela la clínica con pacientes individuales, quienes experimentan de manera tan marcada lo que Mc Dougall llama las neo-sexualidades, consiste en la idealización del placer como fin que justifica los medios de la experiencia erótica. Esta



Tatiana Oroño

es a mí juicio la raíz última de la revolución en las costumbres sexuales a la que estamos asistiendo en la llamada posmodernidad, donde parece instalarse una tolerancia y una curiosidad generalizada por la amplitud de los registros posibles de la experiencia sexual. Como en otros aspectos de la vida actual, adultos y niños están en pie de igualdad explorando las imágenes y las sensaciones de la sexualidad.

Por otra parte y como sostiene Fanny Schkolnik (321), sin que forzosamente Narciso haya desplazado a Edipo, es evidente que la expresión de los núcleos narcisistas en las neurosis tienen en las presentaciones clínicas de los últimos tiempos una significatividad muy grande. Ignacio Lewcovicz caracterizaba por la fluidez, en feliz expresión, los vínculos al igual que las acciones con las que los sujetos transcurren su experiencia vital en la posmodernidad. Sin embargo, ahora que la libertad sexual es una conquista, que el placer ocupa un sitio de privilegio, que la coerción social sobre la vida privada es menor que en ningún otro momento de la historia, “estamos solos ante el abismo de nuestras propias elecciones”, como dice D. Simonnet (149). La familia en desorden, los adolescentes sin una generación adulta ostensiblemente hipócrita ante la cual confrontarse, los niños prematuramente seducidos por la sexualidad, y entre los adultos el horror al compromiso, la trivialización de la pasión.

Alice Ferney caracteriza al amor posmoderno de la siguiente manera:

Me parece que lo más impactante hoy, es la fragmentación de las formas de amor,

la desaparición de la norma: cada uno asumió el manejo de su vida sentimental, cosa que es única en la historia. Incluso en los años setenta la revolución sexual ejercía una coerción: uno estaba obligado a estar liberado. La homosexualidad entró a formar parte de las costumbres, el aborto ha dejado de ser un crimen, el adulterio de las mujeres también. Por cierto que cada uno lleva en sí cantidad de determinismos, pero no obstante puede ejercer su elección. Hoy podemos amarnos como nos viene en gana. (D. Simonnet et al.:151 y sgtes.)

Y agrega: “En toda la historia del amor, el matrimonio y la sexualidad estuvieron bajo control; únicamente el sentimiento, a despecho de todo, permanecía libre: se podía obligar al individuo a vivir con alguien, a acostarse con alguien, pero jamás se pudo obligarlo a amar”.

“Beso”
 es bocado aroma huele claro
 aroma que beber
 conjuga en el besar
 peronoseconocesu
 mapa su camino
 ni su pasar de antes a después
 porque no
 pasa
 es
 un
 besounbesarinfinitivo

Este poema pertenece a *Morada Móvil*, libro de Tatiana Oroño, poeta surgida durante los años de la dictadura y creadora de una de las obras líricas femeninas más singulares de la actualidad. Cultiva desde sus primeros textos una suerte de perplejidad ante la vida que recrea con una mirada intransferiblemente femenina los hechos cotidianos y las huellas a que dan lugar. En “Beso” este signo universal de amor se sostiene en un infinitivo que da cuenta de una duración a la vez atemporal y finita.

Ahora bien, cuando las relaciones parecen tan volátiles, cuando lo único que parece culpabilizarnos es la ausencia de goce, ¿todavía tiene sentido hablar de

amor? Hay una gran ambivalencia en relación a este punto: por un lado se acepta la finitud del sentimiento, por otro la ilusión del gran amor no ha muerto. En los laboratorios se estudian las reacciones emocionales y hormonales que caracterizamos como enamoramiento: no duran más de tres años, nos informan. Sin embargo la gente (los pacientes, los artistas, nosotros mismos) sigue buscando el momento en que por fin el amor la hará feliz. Tal vez no se trate solamente de la simple sobrevivencia del ideal platónico de la otra mitad perfecta. El porcentaje de divorcios y casamientos quita por la vía de los hechos toda validez estadística a la idea tradicional de que el casamiento es para toda la vida. Sin embargo es muy importante la tasa de segundos y terceros matrimonios. La apuesta por vivir prolongadamente en común no ha desaparecido. Daniel Gil (54) dice que cuando se habla de los profundos cambios de la estructura familiar, tanto en los ámbitos de la vida corriente como en los espacios de reflexión científica, suele asistirse a una suerte de pesimismo apocalíptico. Sin embargo, afirma, esta visión de las cosas niega el valor creador que puede anidar en el seno de una crisis. Refiriéndose al fin de la sociedad patriarcal se interroga si lo que concluye no es, como suele creerse, el fin de la función paterna (cuyo status es también simbólico y no meramente imaginario), sino el fin de las sociedades donde la autoridad del padre es el núcleo legitimador de diversas formas de dominación y sometimiento. Extendiendo esta reflexión sobre la familia a la pareja y a los múltiples anudamientos que la vertebran, cabría preguntarse si no asistiremos en el futuro a relaciones donde la antigua ilusión infantil que cristalizara en el romanticismo de encontrar “ya hecha” la adecuación perfecta entre dos seres que se aman y se desean para siempre, no será sustituida por una disposición menos idealizada pero más posible. Claro que en esta visión el amor es también un trabajo, un ejercicio de construcción vincular, una tarea que se asume con riesgos y prevenciones.

“Describir”

La clave de la operación es el menudeo, la administración fraccionada. Se transacciona desde cada dato. Describir es romper la soledad de las impresiones únicas. Desgastar el imperio del sentimiento. Verlo mezclado. Hacerlo entrar en las reglas de la vida corriente. Un sentimiento nunca es uno solo. Hace falta tacto de ciego para palpar ese nudo. Otra razón que justifica tomarse el trabajo de entrar en detalles.⁸

Del mismo modo que en la clínica psicoanalítica

ha ganado terreno la construcción sobre la interpretación y la creación del sentido sobre el descubrimiento del mismo, tal vez en el amor pueda apostarse a la duración del sentimiento y el deseo sobre la base de una actitud creativa, que no es lo mismo que un golpe de inspiración. Al respecto Winnicott, siempre enfocado al uso preventivo de los hallazgos clínicos del psicoanálisis, ha insistido en la necesidad de promover una actitud creativa en la sexualidad, la convivencia y la vida social de las parejas. Dice: “El problema surge cuando nos empeñamos en hacer creer a los jóvenes que el matrimonio es una prolongada aventura sentimental”.

En el mundo contemporáneo ya no es fácil cultivar con ingenuidad la fe en el amor como destino. Pero siendo más conscientes que nunca de la arbitrariedad relativa de nuestras elecciones, tal vez podamos avanzar en el futuro hacia relaciones de amor menos atravesadas por el sojuzgamiento al que es sometido el objeto de amor por la idealización, que en el fondo no es más que la negación de la otredad, como decía Green. Del mismo modo que la expectativa desmedida sobre la confirmación de identidad sexual que derivaría de una genitalidad poderosa crea, paradójicamente, frigidez e impotencia, tal vez la idealización amorosa resulte ser la fuente inadvertida de la frustración y el fracaso. Y seguramente los jóvenes de hoy están más preparados que nunca para explorar nuevos horizontes. En todo caso, a pesar de lo que a veces se piensa desde discursos liberales en la forma, pero conservadores en el fondo, el psicoanálisis ha enseñado que la sexualidad y la amplia gama de afectos y disposiciones vitales que emanan de ella nunca serán triviales. Como dice A. Ferney, el contacto de los cuerpos jamás podrá ser anodino (D. Simonnet et al.:164). Y volvemos a Tatiana, quien en este poema “líquido” titulado “El deseo” presenta hermosamente la fluidez contemporánea del sentir, acaso en tránsito hacia nuevos mares por navegar.

“El deseo”

Todo tuvo la forma
 que no tuvo. Pero tiene

el deseo

persistencia una forma fluida
 un amarre de aguas. Más
 del 50% de los cuerpos
 es agua
 tornasol del abrazo
 molecular de hache
 en torno a O.

En la suerte corrida en lo vivido

en su fe de bitácora cuenta

ese suelo lacustre esa morada móvil esa
[frontera líquida

su espermático
don de dividirse

en flujos en
regatos en subsuelos
barrosos. Mi mano palma y dorso
también es agua orilla
burilada por el deseo
que siempre borra el trazo.

Tanta agua humedece la historia.
Hace duda su suerte. Húmeda.

admiran el cine europeo y promueven de diversas
formas la difusión cultural y el compromiso social.

⁸ Tatiana Oroño: *Morada móvil*.

Bibliografía

- AGUSTINI, Delmira (1999): *Los Cálices Vacíos*, en *Antología Poética*. Montevideo: Santillana [1913].
- DE IBARBOUROU, Juana (1978): *Las lenguas de diamante*. Buenos Aires: Losada [1919].
- DE ROUGEMONT, Dennis (1978): *El amor y occidente*. Barcelona: Kairós.
- FERNÁNDEZ, Ana María (1993): *La mujer de la ilusión*. Buenos Aires: Paidós.
- FREUD, Sigmund (1986): "La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna", en *Obras Completas*, T. IX. Buenos Aires: Amorrortu [1908].
- (---.) (1988): "El malestar en la cultura", en *Obras Completas*, T. XXI. Buenos Aires: Amorrortu [1930].
- GIL, Daniel y NÚÑEZ, Sandino (2002): *¿Por qué me has abandonado?* Montevideo: Trilce.
- GREEN, André (1994): *Las cadenas de Eros*. Buenos Aires: Amorrortu.
- KERNBERG, Otto (1995): *Relaciones amorosas, Normalidad y patología*. Buenos Aires: Paidós.
- KLEIN, Melanie (1990): *Amor, culpa y reparación*. Buenos Aires: Paidós.
- KRISTEVA, Julia (1987): *Historias de amor*. México: Siglo XXI.
- MC DOUGALL, Joyce (1998): *Las mil y una caras de Eros*. Buenos Aires: Paidós.
- ONETTI, Juan Carlos (1994): *El pozo*. Montevideo: Arca [1939].
- OROÑO, Tatiana (2004): *Morada móvil*. Montevideo: Artefacto.
- SCHKOLNIK, Fanny (1993): "¿Narciso desplazó a Edipo?", en *La neurosis hoy*. Montevideo: APU.
- SIMONNET, Dominique et al. (2004): *La más bella historia del amor* (entrevistas). Buenos Aires: F C E.
- VILARIÑO, Idea (2002): *Poemas de amor*, en *Poesía Completa*. Montevideo: Cal y Canto [1957].
- WINNICOTT, D.W. (1993): *El hogar nuestro punto de partida*. Buenos Aires: Paidós.

Notas

¹ Trabajo presentado en las Segundas jornadas de literatura y psicoanálisis: "Memoria-Sujeto-Escritura" de APU en Montevideo, setiembre de 2005, y posteriormente publicado en "Encuentro con la historia institucional" de AUDEPP (2007), Montevideo, Psicolibros.

² Antonio Larreta (2001): *Amor: sol y sombra*, CD del espectáculo homónimo, Montevideo.

³ Carta a Enrique Job Reyes, en D. Agustini: *Antología Poética*. Montevideo: Santillana, 1999, p. 52.

⁴ Carta a Manuel Ugarte, en D. Agustini: *Op. Cit.* pp. 55 y 56.

⁵ Citado por José Pereira Rodríguez (1963) en el Prólogo a *Las Lenguas de diamante*. Montevideo: Colección de clásicos uruguayos, Biblioteca Artigas, p.17.

⁶ Laceria: lepra, infección.

⁷ Como expresión literaria se ha dicho que la generación del 45, particularmente en la poesía, rezuma un sentido elegíaco que anuncia las notas fúnebres por el país en el que nacieron y al que vieron perderse. La gravedad de sus temas, junto a la experimentación formal, construyen un discurso de modernidad más lúcida y trágica que el de sus antecesores; en franca ruptura con los oropeles y exotismos modernistas y con el optimismo nativo del Centenario, al que juzgan un poco ridículo en su autocomplacencia. Iconoclastas de academia, insatisfechos con el mundo social e intelectual que heredan, revulsivos y dispuestos a desafiar los convencionalismos, las ideas previas y los valores consagrados sin crítica, tocan la temática amorosa con una fuerte impronta sexual. Si bien hay diversidades estéticas, políticas e ideológicas, los del 45 son en general herederos del clima intelectual francés de post guerra: conocen bien a Sartre y a Levy Strauss;